



(FOTOS GOMEZ.)

E M B A J A D A S

En el nomenclátor de las ciudades figuran, ordenadas por su inicial y siguiendo el orden alfabético, todos y cada uno de los nombres de sus vías urbanas: calles, plazas, avenidas, glorietas y paseos. Es un ejercicio muy curioso, y en cierto modo divertido, su lectura, por las sugerencias que nos proporciona. Con ella conocemos la denominación de las vías urbanas, bautizadas de formas muy peculiares, según la ciudad, el barrio, la época y, posiblemente, el talante de los ediles que las apadrinaron. Si la ciudad es del tamaño de la nuestra, hay de todo en el nomenclátor. Nombres de personalidades, accidentes geográficos, toponímicos, del santoral, hechos históricos, constelaciones... Decíamos que hay de todo, no acabaríamos nunca. El orden alfabético da lugar a contrastes divertidos. Y así, junto a Inglaterra aparece Inmaculada Concepción; al lado de Isaac Albéniz leemos Irradiación; con Jacinto Benavente está Jabonería, y, en fin, a Juan de Herrera le flanquean Juan de las Heras y Juan de la Hoz, personajes ambos, para nosotros, desconocidos.

Buscando la calle que en este caso nos interesa, y que no es otra que la de Embajadores, leemos: ...Eloy Sánchez, Elvas, Elvira, Elvira Barrios, Embajadores, Embajadores (glorieta), Embarcadero (paseo), Emerenciana Zorrilla Emeterio Castaños... Vemos, pues que además de la calle existe la glorietta, también, de Embajadores. Quizá por estas calendas la calle ha perdido importancia y, sobre todo, popularidad entre los madrileños. Están ya lejanos aquellos tiempos dorados para el género chico en que Embajadores era sinónimo de majeza y casticismo; tiempos de las cigarreras y manolas de ese barrio, de cuplés, *schottis* y pasodobles, en cuyas letras se mentaba con frecuencia a Lavapiés, la Arganzuela, Cuchilleros y Embajadores.

Pero, una vez con el nomenclátor entre manos, siem-

pre nos asalta la curiosidad por saber el motivo que aconsejaría para bautizar la calle con tal o cuál nombre. Si leemos, por ejemplo, Juliana Sánchez, quisiéramos saber algo de la vida y milagros de nuestra, posiblemente ilustre, tocaya; ante Voluntarios Macabeos nos quedamos perplejos y azorados por nuestra manifiesta incultura; con Embajadores decidimos documentarnos de forma conveniente acudiendo a algún libro que trate el tema; libros, por cierto, muy numerosos. Parece que mucho antes de que nuestra villa fuera corte, y sin que se nos alcance la comprensión del motivo, residían a orillas del Manzanares algunos embajadores extranjeros. Declarada en Madrid una epidemia de peste, decidieron trasladarse a extramuros con el fin de asegurar el oportuno aislamiento preventivo con la infestada población. Se establecieron en villas situadas al Sur del caserío, por donde, con el tiempo, se abrieron nuevas calles al extenderse Madrid. A una de ellas se le dio el nombre de Embajadores como recuerdo de los eventuales inquilinos de las casas de campo, por cuyas huertas se abrió. Se asegura que la epidemia ocurrió en el reinado de Juan II, y que los embajadores de Túnez, Aragón, Navarra y Francia fueron los que por allí se establecieron. La explicación cómo de un hecho histórico tan lejano no debiera de admitirse sin una confirmación en toda regla, aunque a nosotros nos baste y nos la creamos a pie juntillas. En todo caso, ¿qué más da? Ahí tenemos a nuestra calle, con su cabecera junto a Cascorro y sus pies al lado de la vía del ferrocarril que va a Portugal, muy cerca ya de la ribera del río Manzanares, y con sus tres tramos muy diferenciados y característicos: desde Cascorro hasta la glorietta; de aquí a la de la Beata Ana María de Jesús, en el paseo de las Delicias, y desde esta última plaza hasta la vía del tren. Tramos dis-

tintos en cuanto a anchura y perfil transversal de la calle; clase, altura y uso de la edificación, y tipos humanos que andan, reposan al sol o trabajan en la descarga de camiones, en ambientes urbanos muy distintos. Citaremos, para terminar, a tres edificios singulares de esta calle: la iglesia de San Cayetano, con su fachada tan barroca; el Instituto de Segunda Enseñanza de la glorietta, antes Escuela de Veterinaria, antes Fábrica de Tabacos, antes Museo Arqueológico, antes Casino de la Reina María Isabel de Braganza, antes Quinta del Bayo, y muy al principio, casi al lado de la casa donde vivía el célebre matador de toros madrileño Vicente Pastor, el cine Pavón, en otro tiempo reducto importante del género teatral llamado frívolo.

Como este comentario lo vamos a dedicar a las Embajadas de los países extranjeros establecidas en la capital, nos hemos tomado la licencia de componer esta introducción divagando sobre la calle madrileña de los llamados barrios bajos que lleva un nombre tan ligado con la diplomacia. Resulta evidente que el hecho capitalino, con la consecuencia diplomática inevitable, aporta a la ciudad una serie de circunstancias singulares, que de aquél se derivan, de tipo urbanístico, arquitectónico y generalmente urbano, sobre las que vamos a hablar.

Según nuestras noticias, España mantiene relaciones diplomáticas con 80 países soberanos geográficamente situados en los distintos continentes del planeta llamado Tierra. En Madrid están acreditados 61 embajadores, un enviado extraordinario, un encargado de Negocios y un representante. El enviado extraordinario lo es de la Orden de Malta; el encargado de Negocios, de Cuba, y el representantes, de Rumania. Lo primero que se nos ocurre observar es la situación en la ciudad de las distintas Embajadas para, ha-

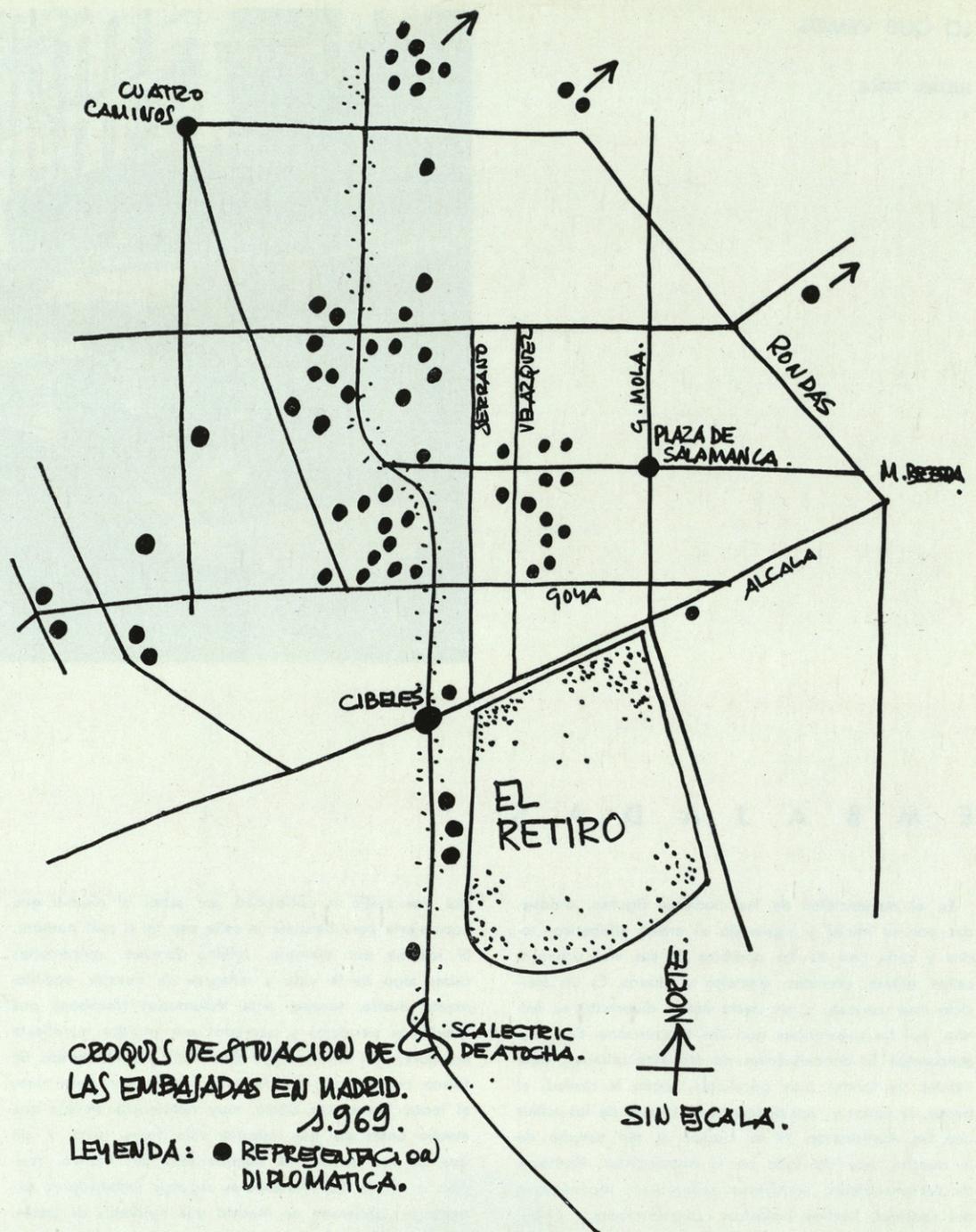
ciendo un planito, sacar consecuencias. El resultado de la observación del gráfico no es otro que el de confirmar lo que, como viejos madrileños, ya sabíamos. La zona, llamémosla diplomática, de nuestra ciudad tiene por eje el paseo de la Castellana, y en las calles del barrio de Salamanca y del barrio de Chamberí se encuentran más del 50 por 100 de las Embajadas. Se aprecia, esto no lo sabíamos, que en la zona de la avenida del Generalísimo se han establecido algunas, hasta siete, y que la Embajada de la República Dominicana, muy cerca del Aeropuerto de Barajas, tiene una situación muy singular.

Si alguno de mis lectores se toma la molestia de contar sobre el plano esquemático de Madrid los puntos que señalan la situación aproximada de las distintas representaciones diplomáticas, creará que me ha cogido en un renuncio al terminar el recuento en 64 y observar que faltan, por error u omisión, como suele decirse, nada menos que 16. Nada más lejos de la realidad. Ocurre que algunas Embajadas las comparte el mismo diplomático, seguramente para ahorrar gastos al respectivo erario, en dos o más países, resultando que varios de los acreditados en Madrid residen fuera de nuestras fronteras. Así, 13 lo hacen en París, dos en Roma y uno en Londres.

España mantiene relaciones diplomáticas con 22 países americanos, 18 europeos, 19 asiáticos y otros tantos africanos. Como vemos, el número de países por continente es muy similar y parejo. No sabemos el número de países integrados en la O. N. U., aunque sospechamos pasa del centenar, por lo que podemos augurar que el número actual de 80 aumentará en el futuro. A nosotros el hecho nos importa para pensar y hacer pronósticos sobre el lugar de nuestra ciudad en el que se establecerán las nuevas misiones. Si hacemos caso a la actual tradición y marcada que- rencia, no cabe duda que lo harán por los alrededores del paseo de la Castellana. Pero nos parece que el desdichado cambio de carácter que ha sufrido esta zona de Madrid en los últimos años no haga apetecible estos pagos para los nuevos. Aunque muchas veces se habló de ello, en la Zonificación del Plan General de Ordenación Urbana vigente no figura ninguna zona con este uso diplomático señalado de antemano. Así es que deberán situarse donde la intuición les aconseje.

Siempre que sale a relucir este tema de las representaciones diplomáticas, pensamos en la labor que una política inteligente podía haber desarrollado en Madrid, en la salvaguardia de gran número de palacetes del siglo pasado, algunos con gran valor arquitectónico y todos con historia digna de respeto, y que han ido cayendo poco a poco, ante la indiferencia general, a manos de la piqueta despiadada y de la voraz especulación. Porque, no nos cabe duda, el desaparecido Palacio de Larios podía haber albergado, en el singular lugar madrileño de su emplazamiento, a la representación diplomática de la más linajuda nación. Y lo mismo podíamos decir de otros muchos que salpicaban de jardines y espacios libres todo este sector, convertido ya hoy en lugar céntrico de comercio y diversión.

Pero, y se dice para mayor abundamiento y desconsuelo, ha ocurrido, en algún caso, al revés. Y así, al comienzo del paseo de la Castellana se alza hoy —¡cosas de la vida!— el edificio de hormigón visto de la I. B. M., en donde hace años se encontraba la Embajada de Alemania con su hermoso parque, en el



que destacaban poderosamente los extraordinarios ejemplares de cedros plateados, primos hermanos de los vecinos del Palacio de Medinaceli, también desaparecidos por estas fechas. Digamos que aquí, en Madrid, podemos comprobar claramente aquello de que nada desaparece, sino que solamente se transforma. Ahora bien: ¿todo debe transformarse?, ¿nada hay en nuestra ciudad digno de conservación? A lo que parece, rotundamente, no.

Sin necesidad de acudir a plano alguno, y por simple intuición, el madrileño avisado conoce la situación de una representación diplomática extranjera por tres señales, muy distintas, que juntas las delatan. El mástil que para izar su bandera en fechas de fiestas nacionales se ve en el edificio, la presencia de discreta vigilancia representada por números de la Policía Armada y las señales azules de tráfico de estacionamiento reservado. Me refiero a esas azules, con una

P grande y blanca y dos letras más, la c y la d, también blancas, aunque más pequeñas, que se sitúan generalmente a pares junto al bordillo de la acera.

Cuando la Embajada ocupa un simple piso de una casa de viviendas colectiva, o la construcción se alinea sin retranqueos, entonces el mástil se coloca en el balcón principal y va casi siempre acompañado del escudo nacional. Si la edificación es exenta y se encuentra rodeada de jardín, entonces puede ser independiente y arrancar del mismo suelo, como sucede en las Embajadas de Gran Bretaña E.E. U.U. y Alemania.

En la puerta de acceso, o paseando por la acera, vemos a los guardias atendiendo las preguntas que les hacen los que vienen a resolver algún asunto. Nos parece un servicio sobremanera cómodo y pensamos que la designación para el mismo debe ser como un aguilardo para quien le corresponda.

Delante del edificio diplomático, en la acera y, como

decíamos, junto al bordillo se levantan, enhiestas y amenazadoras las señales azules del estacionamiento reservado. Con frecuencia leemos en la Prensa diaria madrileña quejas de los sufridos vecinos y réplicas en las que se nos aclara que la reserva del espacio se debe, exclusivamente, a una actuación de estricta reciprocidad, ya que a nuestros diplomáticos también se les reserva espacio para este fin en el extranjero. Naturalmente, la justificación no convence en absoluto al, como decíamos, sufrido vecino de Madrid, al que, en el fondo, le tiene sin cuidado que nuestro embajador en Mauritania disponga de espacio reservado para aparcar su coche delante de nuestra Embajada en Nuatchakot; mientras que le saca de sus casillas ver en la congestionada calle de Núñez de Balboa, calle en la que, por cierto, hay una extraña mezcla de Embajadas, *boutiques* y establecimientos de bebidas, las señales azules de marras. Pero cuando su nerviosismo llega al máximo es al observar que las precitadas señales, la mayoría de las veces, no marcan un horario para tal reserva, que al parecer se extiende a las veinticuatro horas del día, como dando a entender que los automóviles de los diplomáticos acreditados en Madrid utilizan, como él, el llamado "garaje de las estrellas"; cosa que, francamente, estima inaudita. No digamos nada cuando se encuentra con una representación diplomática que dispone de amplios espacios libres y cocheras en su terreno, caso, por ejemplo, de la italiana, a la que también se le reserva sitio fuera, en la calle, junto a la acera. Entonces al madrileño se le pasa por la imaginación entrar con su coche para aparcarlo en el interior al grito de "¡io ti do una cosa a té, tú mi dai una cosa a mé!", que aún recuerda del inolvidable "Carrusel napolitano" y que, hay que reconocerlo, viene muy bien para este caso, para el imposibilitado de aparcar su coche en la calle de Juan Bravo o alrededores. Me doy cuenta, y lo subrayo, del espacio que he dedicado a este tema del estacionamiento, cosa que no hace más que confirmarnos que en estos tiempos, hablemos de lo que hablemos, lo mismo en una conversión amistosa que profesional o de negocios, que escribiendo un artículo como el presente, siempre terminamos hablando del problema del estacionamiento de los coches en la ciudad, *leit motiv* o *ritornello* obligado hoy. ¡Qué le vamos a hacer! Las representaciones diplomáticas están instaladas de muy distinta manera, desde la que únicamente ocupa con sus oficinas un modesto piso en una casa de vecindad hasta la que se extiende en la totalidad de un edificio exento rodeado de amplio espacio ajardinado, pasando por la que ocupa un edificio independiente, aunque de relativa importancia.

Naturalmente que las que más nos llaman la atención y en las que más nos fijamos son en las grandes edificaciones exentas rodeadas de jardín privado. Me parece que de estas características las más importantes son las Embajadas de Alemania, Estados Unidos, Gran Bretaña e Italia, citadas también siguiendo el orden alfabético. Hablemos de todas ellas un poco y de una detrás de otra. La Embajada de Alemania está en el paseo de la Castellana, ocupando la casi totalidad de una manzana. En tiempos allí estuvo el Instituto Alemán, que ahora se encuentra más al Norte. Una gran parte del terreno disponible se ha dedicado a jardín, resultando el conjunto de las edificaciones de gran empaque y belleza. Puestos a manifestar algún deseo, diremos que nos habría gustado que el muro que



cierra el jardín por la Castellana hubiese sido un poco más bajo, para que de este modo la visión de las plantaciones hubiese sido posible al paseante. Ahora únicamente desde el tranvía o el autobús podemos admirar el bello y cuidadísimo jardín. Por la calle lateral, el cerramiento de cerrajería nos permite ver lo que por delante está tapado. En la esquina con Zurzarán nos llama la atención el restaurado pabellón-templete, conservado con gran cariño, ejemplo de buena educación y cultura, verdaderamente notable por lo insólito. En él, niños muy rubios suelen presenciar los desfiles militares y, nos suponemos, la señora embajadora tomará el té alguna tarde con sus amigas.

También en la Castellana se encuentra la Embajada de los Estados Unidos, cuya construcción, por los años cincuenta, tanta polvareda y pasión levantó en Madrid. Recordemos que a la vez se edificaba la Iglesia de la Compañía de Jesús en la acera de enfrente de la calle de Serrano, con criterio estético muy distinto al de la Embajada. Las polémicas que se mantuvieron en los periódicos madrileños fueron enconadas y no nos hace falta acudir a las hemerotecas para recordarlas. La arquitectura de la Embajada, para algunos, era extranjerizante e indigna de manchar el españolismo de la Castellana, por otra parte llena de edificios de arquitectura afrancesada, según recordaban otros. Ladrillo y piedra de colmenar, de acuerdo con las más sanas tradiciones madrileñas, como se estaba haciendo en la iglesia; ese era el camino acertado por el que se debía marchar. ¡Un paredón, sin ninguna ventana, dando a la calle de Serrano! ¡Menuda fachada! Era inútil que algunos dijeran que la arquitectura era un arte esencialmente volumétrico y que la fachada no era lo más importante, sino únicamente la expresión externa de un problema bien o mal resuelto. Que, estéticamente, la fachada podía tener más importancia en un edificio entre medianerías. Aquí había que considerar los volúmenes. No había fachada a Serrano, sino lo que se veía desde esta calle, que casi nunca era el paredón que tanto molestaba y que llegaba a considerarse como un insulto personal a la ciudad. Pocos se daban cuenta que la nueva Embajada era el único edificio de reciente construcción que respetaba el carácter del paseo de la Castellana, al construir parte del solar disponible reservando un amplio espacio para el arbolado y el jardín.

En el propio edificio, recién terminado, se celebró una Sesión de Crítica de Arquitectura (*R. N. Arquitectura*, núm. 162, junio 1955) en la que la mayoría de los profesionales que intervinieron aplaudieron la bondad de la arquitectura y unánimemente estimaron muy acertada y ejemplar la solución urbanístico-volumétrica, que conservaba la vegetación de la antigua Huerta de Cánovas. Pero la revista tenía poca difusión y pocos madrileños se enteraron de la opinión de los arquitectos más caracterizados: Moya, Aguinaga, Cort, Fonseca, Bidagor, Zuazo, Fisac... ¿Qué diremos hoy, después de casi quince años, de este edificio? Para nosotros se trata de una arquitectura muy correcta, seguramente con un buen funcionamiento interior de todos los servicios que alberga, y cuyo mayor acierto consiste en la acertada colocación de sus volúmenes en la movida topografía del solar. El paredón, que tanto molestaba, cada día está mejor con la pátina que en la piedra deja, afortunadamente, el paso del tiempo.

La Embajada de la Gran Bretaña se aloja en un edificio de muy reciente construcción, en un solar de

esquina de la cuadrícula viaria del Oeste del primer tramo de la Castellana. Se trata de una construcción singular de planta y volumen poco frecuente y que, a nuestro juicio, hubiese lucido más en otro emplazamiento. Encontramos pequeño, para el volumen, el solar y la escala de las construcciones vecinas, excesivamente próximas. Del mismo modo, las calles que allí se cruzan son estrechas, no permitiendo la visión alejada completa del edificio si no es con un gran escorzo. Es chocante encontrar, como jugando a las cuatro esquinas, tres edificios típicos de este barrio, con su chafalán de cuatro metros cada uno, y el edificio de planta, corona circular de la Embajada. Por cierto, que hablando del chafalán diremos del curioso litigio, ya resuelto, como consecuencia de la tira de cuerdas dada a este proyecto, que ha terminado con la vuelta a la vía pública de la pequeña superficie indebidamente ocupada y que tanto revuelo produjo en los periódicos madrileños.

Y es lástima que el emplazamiento no haya sido más adecuado, porque la arquitectura de la Embajada nos parece hubiese ganado mucho con distancia para su visión y más vegetación que le hubiese proporcionado ligereza. Es curioso preguntar a los amigos a qué les recuerda este edificio. Unos dicen, muchos, es cierto, que a una plaza de toros; otros, también numerosos, que a una barquillera; algunos piensan en una extraña turbina curiosamente dentada; los golosos replican que una tarta... Si nos quedamos con la primera definición, diremos, para terminar, que el equivalente al albero sevillano se resuelve con una hermosa fuente dotada de un juego de agua muy hermoso y refrescante.

La Embajada de Italia ocupa la totalidad de una manzana del barrio de Salamanca, conservando para su instalación el antiguo Palacio del marqués de Amboage, edificio de principio de este siglo. El jardín es muy espacioso y bien cuidado. Hace pocos años se amplió, construyendo un cerramiento de verja de hierro que continúa el principal, donde había una alta y opaca tapia. Es un verdadero descanso encontrar esta manzana en el atosigante y despiadadamente modificado barrio, al que se le ha dado la definitiva puntilla con la reforma de la calle de Velázquez, que pese a ser ahora, según dicen, una de las mejores de Europa, está hecha la pobre una birria. Como la cosa no deja de tener gracia, preguntaré: ¿Han visto, quienes eso dicen, la "Kœ" de Dusseldorf, sin ir más lejos? ¿A qué vienen las comparaciones, en todo caso siempre odiosas? Ocurre que la Embajada de Italia ha quedado ahora demasiado cerca de una vía de tráfico rápido, ruidosa y humeante. Claro que todavía será peor la cosa cuando, una vez terminado el paso superior Eduardo Dato-Juan Bravo, desaparezca, como está mandado, el paseo de esta última calle, que está predestinado al sacrificio. Por cierto, una pregunta inocente: ¿Qué hacen los jardineros municipales plantando unos arbolitos en este paseo, que, como decimos, no le quedan arriba de dos años de vida? Dejemos constancia, antes de pasar a otro tema, cuánto nos alegraría equivocarnos en este pronóstico.

Con edificación menos importante, pero también muy dignamente instaladas, tenemos en Madrid varias representaciones diplomáticas. Así, la de Suecia, donde se han sabido unir acertadamente la arquitectura del palacete neoclásico con la actual del nuevo y limpio edificio, separados por un patio con estanque, árboles

y hiedra que trepa el fondo; la del Brasil, que ocupa un edificio de tres plantas y torreones en la calle de Fernando el Santo, de muy tranquila composición, con ladrillo visto muy fino y bien aparejado en su fachada; la de Turquía, en Monte Esquinza, esquina a Jenner, ocupando un palacete de tres plantas de severa arquitectura; Portugal, en la Castellana; Marruecos, en Núñez de Balboa...

El tráfico automóvil, que todo lo arrolla, ha erradicado, palabreja que no me gusta nada y que ahora se emplea mucho, de nuestra ciudad un espectáculo de gran belleza y colorido. Me refiero al acto de la presentación de las cartas credenciales al Jefe del Estado de los distintos jefes de Misión diplomática acreditados en Madrid. Diríamos, mejor, parte del espectáculo. La parte que se desarrolla por las calles madrileñas desde la residencia del embajador hasta el Palacio de Oriente. La formación militar, los himnos nacionales y todo el ceremonial continúa desarrollándose puntualmente en la plaza de la Armería.

Pero hace años, y hemos tenido ocasión de verlo muchas veces, los embajadores acudían a Palacio escoltados por la Guardia de Su Excelencia, a caballo. Antes de la independencia de Marruecos eran los excelentes jinetes de la Guardia Mora; después, los no menos diestros compatriotas que les sustituyeron. Aunque no lo supiésemos de antemano, si por la mañana veíamos que los Servicios Municipales de Limpieza—lo que, hablando pronto, llamamos los barrenderos—andaban echando arena por las calles del itinerario, ya sabíamos que había presentación de cartas credenciales y que nos sería posible oír las retretas de las bandas de cornetas. Si hacía sol, el espectáculo ganaba en colorido y belleza. Desde la Puerta de Alcalá podía verse, añadiendo a la belleza de la conocida perspectiva un acento especial, el conjunto de puntos de distintos colores que se movía calle de Alcalá abajo y doblaba en Cibeles al son de las fanfarrias.

Poco después, los barrenderos volvían a recoger cuidadosamente la arena de la calle. Si entre mis lectores los hay más jóvenes, que no hayan conocido aquellos tiempos, quizá se pregunten extrañados:

—Y los automóviles, ¿qué hacían? Seguro que se armarían unos buenos atascos.

Voy a contestarles rápido, y con esto termino.

—Mira, entonces, hablo de los años cuarenta y tantos, en Madrid no había casi automóviles. Los autobuses eran prácticamente desconocidos. Colectivamente nos trasladábamos en tranvía o metro. Me parece que los semáforos podían contarse con los dedos de una mano, el aire de la villa era puro y límpido, el agua que se bebía era puro Lozoya...

—¿Qué quiere decir eso de que el aire era puro y el agua clara? ¿Que eran mejores aquellos tiempos que éstos...?

—No, ni mucho menos; yo no soy quién para juzgarlos. No puedo establecer comparaciones. Empiezo por recordarte que yo entonces tenía veinticinco años menos que hoy, lo cual, ciertamente, no es ninguna tontería. Comprendo perfectamente que una ciudad es un organismo vivo en continua evolución, y que con ésta desaparezcán, inevitablemente, espectáculos como el de la presentación de las cartas credenciales que he relatado; pero, no es por nada, me gustaría que las cosas se hiciesen más despacio, con más cautela, respetando el ambiente de esta plazuela o la arquitectura de aquel edificio, que los habrá dignos de conservación y cuidado, me digo yo.